



Quinta jornada de Liga



ESPECTACULAR. Roberto Carlos realiza un centro de chilena ante la mirada de Chema, ayer en el Santiago Bernabéu.

IGOR AIZPURI

El Madrid muere de éxito

El conjunto blanco desapareció en el segundo tiempo y entregó un empate

REAL MADRID 2
VALLADOLID 2**Real Madrid:** Casillas; Salgado, Hierro, Karanka, Roberto Carlos; Figo, Makeleke, Zidane, McManaman (Morientes, m.91); Munitis (Guti, m.76) y Raúl.**Valladolid:** Ricardo; T. Gómez, Peña, Tena, Marcos; Sales, Lozano (Caminero, m.75), Richetti, Chema (Eusebio, m.91); Fernando (Blanco, m.82) y Tote.**Árbitro:** Téllez Sánchez (C. Catalán). Amonestó a Roberto Carlos, Karanka, Richetti, Peña y Michel Salgado.**Goles:** 1-0, (m.5): Zidane. 1-1, (m.6): Fernando. 2-1, (m.20): Raúl. 2-2, (m.88): Blanco.**Incidencias:** 61.250 espectadores en el Santiago Bernabéu.**Manuel López-Ligeró**
Madrid. D16

El Madrid entregó ayer un empate en su estadio por empeñarse en convertir el partido contra el Valladolid en un degradante ejercicio de arrogancia. Venía de golear en tres partidos consecutivos, pero en el cuarto claudicó, quizás hastiado por el éxito, incapaz de convertir la euforia que vive la afición en algo tangible. Lo tuvo todo a favor, el marcador, el juego y las ocasiones, pero en el segundo tiempo se desvaneció.

Ya en el minuto 4 mandaba en el marcador. Figo se internó por la banda derecha, llegó hasta la línea de fondo y su centro lo cabeceó Zidane a gol. Parecía sencillo. Todo apuntaba a

otra goleada, pero no fue así. Tan sólo dos minutos después, un despiste de la defensa propició el empate del Valladolid. Creía que el árbitro había pitado una falta y bajó los brazos, pero el colegiado mandó continuar y Fernando Sales sólo tuvo que empujar el balón a puerta vacía. Aún había tiempo para enmendar la pifia, así que el Madrid no se inquietó. Comenzó a mover el balón con la comodidad que acostumbra y no tardó en volver a crear ocasiones de gol. Fue entonces cuando vivió sus mejores momentos. Zidane encontraba siempre la mejor solución para dar el pase, Figo aún se mostraba laborioso y, además, se registró la consolidación de una sociedad sorprendente, la de Raúl con Munitis. El pequeño delantero cantabro deshizo las tablas con una preciosa asistencia que Raúl picó por encima del portero. Así, en frío, nadie hubiera considerado a Munitis como un jugador rentable para el Madrid, pero lo cierto es que en los últimos partidos parece empeñado en sacudir su papel de antihéroe. Nadie le incluiría en su alineación ideal por razones obvias: no aguanta ningún choque con el rival, se enreda en los regates y es un pésimo rematador, pero se ha revelado como un excelente pasador.

El Valladolid, en el primer tiempo, intentó presionar con timidez, pero con el balón en su

poder el campo se le estrechaba, los jugadores blancos se multiplicaban y acababa entretejiendo sumiso y casi avergonzado. Pero esa actitud cambió radicalmente tras el descanso. El Madrid, hasta entonces, había mostrado sus habilidades de forma vacua, sin morder. Su rival tomó nota y decidió endurecer un poco el partido. Era la única forma de plantarle cara a la constelación de estrellas que tenía delante, y su táctica acabó nublando el refulgente cielo del Bernabéu.

El conjunto de Del Bosque se quedó sin ideas y atacaba torpemente. Conservaba el balón, pero no sabía maniobrar

con él. Todos intentaban la jugada individual y nadie acertaba. Pepe Moré quitó del campo a un inoperante Harold Lozano y dio entrada a Caminero. En la delantera, sustituyó a Fernando Sales por el mexicano Cuatémoc Blanco, la estrella del partido. Su falta, a tres minutos del final, entró en la portería blanca gracias a Hierro, que se apartó de la barrera. Y ahí acabó todo, con un Valladolid exultante y un Bernabéu encolerizado.

En definitiva, el Madrid no repitió las últimas goleadas por dos razones: el Valladolid era un contrincante más áspero que los anteriores y a él le faltó la inspiración de otras ocasiones.

Del Bosque: «El empate se ha debido al cansancio»

Pablo Martín
Madrid. D16

Vicente del Bosque achacó el empate de su equipo contra el Valladolid al cansancio y no al flojo ritmo con el que jugaron en la segunda mitad. «No creo que se haya debido a la relajación, sino al cansancio por la sucesión de encuentros, y por eso perdimos el control del juego», se justificó el entrenador del Real Madrid,

que no atribuyó al bajo rendimiento de Zidane en la segunda mitad, que había sido el mejor en la primera, los males de su equipo.

Del Bosque no quiso matizar si en el primer gol del Valladolid escuchó un pitido desde su banquillo, algo que Roberto Carlos y Michel Salgado asociaron a un silbido que salió «de las gradas» o que provocó algún «jugador rival».

JUEGO LIMPIO

**GASPAR ROSETY**

Kiko y Neptuno

Confieso que pasarlo mejor que con Francisco Narváez Kiko es muy difícil. Ahora que me ha tocado la suerte de disfrutar de su compañía en las retransmisiones de la Cadena Cope, ahora que nos hermanamos como pareja de baile en la radio, ahora que nos reímos el uno con el otro de nuevas experiencias, debo reconocer que hay otro Kiko, el humano, el de carne y hueso, el que no lleva camiseta de ningún color que no sea el del humor. Kiko me descubre un mundo nuevo, el del futbolista que ve cómo juegan otros futbolistas, el del compañero que me arrea un codazo cerca de las costillas cuando critico a otro compañero suyo de profesión. Cuando hablo con él, se me ilumina una sonrisa. Es claro, directo, contundente, simpático, locuaz, ingenioso y bromista.

Kiko es una joya, una bendición del cielo. Está mal que yo lo diga pero me encanta que no haya aceptado ninguna oferta porque me perdería el paraíso.

Kiko dice que la diferencia entre un equipo bueno y uno malo es sencilla de apreciar. El malo es capaz de hacer cuatro ocasiones de gol el día que mejor juega y, probablemente, no meta ninguna. El bueno, el día que peor juega, te hace cuatro ocasiones de gol y, por regla general, te las enchufa. Kiko habla del Madrid, su eterno rival en rojiblanco, con el respeto propio de quien ve un partido con objetividad y sin pasión desmedida.

En el fondo, tengo la sospecha de que Kiko, de pequeño, era del Real Madrid, o sea, como casi todos los niños de este país. En el Santiago Bernabéu, disfrutó de un huracán de fútbol de veinte minutos. Hablamos del brasileño Flavio Conceição, de su enorme mala suerte y de su gigantesca calidad, de Raúl, de su gol 700 y de la dificultad suprema para marcar, de Santiago Hernán Solari, su antiguo compañero de vestuario en el Vicente Calderón.

Es una pena que en el mes de diciembre vuelva a jugar al fútbol porque, entonces, la Cope y yo perderemos nuestra mejor pareja de baile, nuestro Fred Astaire, nuestro sentido del humor, nuestra alegría, nuestra compañía del arte, nuestro genio particular, nuestro ídolo de tantas cosas...

Neptuno solo hay uno.